

Lily Lerena habla de su esposo, de su familia, de su vida...

“El es un símbolo de todos los que no pueden hablar”

La esposa de Liber Seregni, Sra. Lily Lerena, dijo a CONVICCIÓN que “va a ser extremadamente difícil olvidar estos años” y manifestó su confianza de que “en algún momento Seregni va a ser rehabilitado, se va a reconocer que lo que le hicieron fue un error, y una Justicia independiente reconocerá ese error”

Lily Lerena, una ex-modista de 66 años, dedicada en la actualidad a las tareas del hogar, señaló asimismo que durante los últimos diez años ha tratado “de ser un sostén para Seregni y para nuestras hijas”.

“He llorado muchas veces a escondidas, porque si te ven llorar... en fin, después de todo, una tiene que convertirse en una especie de puntal, de apoyo de toda la familia”, indicó.

En un extenso diálogo con este semanario, Lily Lerena narró las peripecias que ha vivido la familia Seregni desde el 9 de julio de 1973, explicó cómo el hoy General Angel Barrios le permitió visitar a su esposo en su lugar de reclusión y consignó que los tiempos más duros del cautiverio de Seregni fueron cuando estuvo detenido en Minas, cuando el jefe de la Región Militar era el entonces General Gregorio Alvarez.

—¿Cómo podría resumir, sintéticamente, estos últimos diez años en la vida de la familia Seregni?

—Muy sintéticamente, fueron diez años muy difíciles para nosotros, para la familia, como deben haberlo sido para Seregni también, porque cuando una tiene la convicción de que Seregni ha actuado en su vida militar y en su vida civil con la mayor corrección, con una gran honestidad, pensando siempre en el bien del país, primero tiene un shock, una enorme sorpresa de sentir que lo llevan prisionero. Después, cuando pasa el tiempo, una va esperando que esas cosas se aclaren, se revean, pero por el contrario, encuentra que se van agregando nuevas acusaciones.

—¿Cómo ha sido su vida personal en estos diez años?

—Mirá, es la vida de cualquier compañera de un preso político, de alguien que está preso por sus ideas discrepantes con las ideas que el gobierno proclama. Mi vida ha sido de tensión, de dolor, de no saber a dónde recurrir, de no saber dónde está el que puede solucionar algo, de encontrarme de pronto frente a un hermetismo total, a una falta de respuesta de la gente del gobierno, etc. Yo encontraba que no tenía a dónde ir y eso ahondaba mi preocupación.

—Pero, ¿cuándo comenzó a sentir que no estaba sola, que había gente que también se preocupaba por su situación y por la situación de Seregni?

—En realidad, yo hasta el año '78 me negaba a contestar a las preguntas de gente que venía de otros países, porque pensaba que todo formaba parte de nuestras intimidaciones, como familia y como integrantes de un país. Pero luego llegué a la conclusión de que eso no servía en absoluto y entonces desde ese momento, al interés demostrado por tantos países, yo traté de ir respondiendo de acuerdo a lo que podía y a lo que sabía, porque todavía no conozco la totalidad de las razones por las cuales Seregni fue preso.

—¿Cómo repercutió en las hijas y nietas de Seregni todo este tiempo?

—Para las hijas, que ya son adultas, ha sido más fácil comprender todo este tiempo que hemos pasado, aunque también han padecido mucho. Pero para las nietas ha sido muy traumático y muy difícil de explicar. Cuando Seregni fue detenido, una tenía tres años y la otra dos. Es muy difícil explicarles la verdadera razón por la que el abuelo estuvo preso. Ellas están acostumbradas a ver que los presos están en la cárcel porque roban o porque matan. ¿Cómo explicarles que Seregni estaba preso simplemente por un pensamiento político? Y nos ha costado mucho evitar crearles un sentimiento de odio.

—¿Usted se ha transformado en estos diez años? ¿Ha cambiado como mujer o como persona?

—Todas las mujeres tenemos una gran capacidad para asumir

regni, que nunca tuvo enemigos dentro del Ejército ni fuera de él, hay como un resentimiento por no haber acompañado el proceso de disolución de las cámaras y, en fin, la intervención del Ejército en la vida política. Precisamente, por ser un militar que ha querido enormemente al Ejército y al que ingresó por vocación, Seregni quiso evitar con todas sus fuerzas que el Ejército tomara en sus manos absolutamente toda la vida del país. Siempre consideró, y en algún momento se va a ver que esa es la necesidad, que el Ejército debe acompañar al pueblo en todas sus dificultades, tratando de solucionarlas, colaborando en las obras de bien común, y jamás poner de un lado el Ejército y del otro lado, el pueblo.

—¿Cómo influyó en ustedes y en Seregni el hecho de que el Ejército tomara las riendas del país y se apartara de esa premisa que usted acaba de señalar?

—Para nosotros eso fue un



obligaciones que caen de golpe y que antes el compañero resolvía. En mi caso concreto, he tratado en lo posible de ser un sostén para Seregni y para nuestras hijas. He llorado muchas veces a escondidas, porque si te ven llorar... en fin, después de todo, una tiene que convertirse en una especie de puntal, de apoyo de toda la familia.

—¿Y quién la ha sostenido a usted?

—Nos hemos sostenido mutuamente. Seregni me ha sostenido a mí, yo a mis hijas, y así formamos un círculo casi perfecto, de compartir penas y esperanzas que hoy también las estamos viviendo todos juntos. Fuera de la familia, ha sido solidaria con nosotros gente que yo recién conocí en estos años y también han dejado de ser solidarios, muchos a los que creíamos amigos.

—¿Cuándo supieron ustedes por primera vez en forma efectiva las razones por las cuales Seregni estaba preso?

—Nosotros, la familia, no sabíamos en qué consistían las acusaciones. Recién en el año 1980 pudimos tener un resumen del expediente y así nos enteramos de un montón de acusaciones que no resisten el más mínimo análisis. Pienso que contra Se-

regni estuvo 40 años dentro de ese Ejército y venía a cambiarse de golpe toda la óptica, toda la razón de su vida, de su integración a ese Ejército, que era también pueblo.

En este país antes no había grandes diferencias de clase y la mayoría de los integrantes del Ejército provenían de una clase media, como era mi familia y la familia de Seregni. Entonces, que de repente alguien o un grupo pusiera de un lado los “malos” y del otro lado los “buenos”, diciendo que los “malos” son aquellos que han cometido el único “delito” de discrepar con ellos, es muy difícil de comprender y efectivamente fue horriblemente difícil entenderlo.

—¿Qué hizo usted, o qué pensó, el día en que se llevaron preso a Seregni por primera vez?

—Ah, fue una cosa increíble. No me podía conformar. ¿Cómo sus compañeros, que lo conocían de toda la vida, que sabían que Seregni era un hombre intachable, lo podían llevar preso por razones políticas? Luego de la manifestación pacífica del 9 de julio, que fue muy seriamente reprimida, esa noche vinieron a buscarlo acá, a casa, yo les dije que no estaba y después me enteré que lo habían llevado de la casa del Coronel Zufriategui, junto con Licandro,

rumbo a un destino desconocido. Ese día me encontré con algo totalmente absurdo para mí, sin explicación aparente, y sólo 15 ó 20 días después supe que lo habían llevado a Minas. Yo no lo ví desde el 9 de julio hasta el 21 de diciembre. Recién a partir de ese día, se me permitió verlo una vez por semana, luego de hablar con el que hoy es el General Angel Barrios, que en ese momento era Coronel y Jefe de Secretaría de la Comandancia del Ejército, ejercida entonces por Chiappe Pose. Y encontré en él por lo menos la posibilidad de verlo una vez por semana.

—¿Así que usted cree que fue gracias a Barrios que pudo comenzar a visitar a Seregni en Minas?

—Pienso que Barrios y Chiappe comprendieron mi desesperación, y permitieron que fuera a verlo. Yo les expresé que en las mismas condiciones habíamos unas cuantas mujeres: las señoras de Licandro, de Zufriategui, de Montañés y yo. Entonces, se nos permitió que las cuatro fuéramos, en distintos días, a distintas horas, a ver a nuestros maridos que estaban en un cuartel de Minas.

—¿Quién era en ese momento Comandante de la División de Ejército 4, que tenía a su cargo, por lo tanto, ese cuartel de Minas?

—En ese momento estaba Vadora.

—¿Y cómo fueron esos tiempos en Minas para Seregni?

—Fueron tiempos difíciles en el sentido de la más total incomunicación. Cada uno de ellos (Zufriategui, Montañés, Licandro y Seregni) estaba en distintos alojamientos, pues no eran celdas sino cuartos de oficiales cerrados herméticamente. Salían a tomar aire en distintas horas, por lo que en esos seis meses ni siquiera se vieron entre ellos. Las visitas eran muy difíciles, porque siempre había un oficial entre nosotros a escasos 50 centímetros, lo cual hacía muy dificultosa la comunicación, aún de aquello personal o familiar. Solamente encontré un oficial, que no sé cómo se llama, que fue gentil, respetuoso, que nos hizo menos difícil la visita.

—¿Cuáles fueron los tiempos más duros para Seregni en cautiverio?

—Después de eso de Minas, Seregni pasó por distintos cuarteles en las mismas condiciones que en Minas y con el mismo trato. El tiempo más duro para Seregni fue su segunda detención, a partir del 11 de enero de 1976. Esos tiempos fueron extremadamente duros. Una camioneta sin identificación y con tres hombres de civil apareció a las tres de la mañana de ese día en la casa de Punta del Este, donde habíamos estado permanentemente con custodia, con perros, sin poder salir. Yo pensaba que no era el Ejército y me imaginaba que podía ser un secuestro o algo por el estilo. Desesperada, recorrí todos los establecimientos militares y policiales que me podían dar algún indicio, y en todos lados encontré respuestas tales como “aquí no está”, “aquí no estuvo”, “no sabemos”, etc. A fines de febrero me llamaron de Jefatura de Policía y Seregni apareció en un estado horrible... horrible...

—...ese estado “horrible”, como usted señala, era fruto de un nuevo cautiverio en Minas ¿verdad?

—Sí. En los primeros días de enero, en Minas, Seregni había pasado lo que casi todos los presos pasan: una experiencia tan inesperada como dolorosa para él. Si bien en lo físico sufrió, creo que en lo moral sufrió mucho más. Porque era como que había estado equivocado en haber estado 40 años dentro de una organización a la que el pueblo miraba con respeto y a la que él también se sentía integrado completamente.

—Durante esos tiempos más duros, ¿quién estaba a cargo de esa división de Ejército?

—En ese momento el jefe de la Región Militar era el General Alvarez.

—¿Y usted, personalmente, guarda algún rencor contra Alvarez o contra los militares del proceso?

—Yo siempre digo que he tenido que luchar horriblemente para no tener odio, deseos de venganza o un gran resentimiento. He hecho durante estos diez años un análisis sobre cómo también perjudica a quien odia. Y he tratado, sin justificar para nada ninguna de las actitudes que han tenido contra Seregni, de cambiar ese sentimiento. Eso no representa de ningún modo el olvido, porque va a ser muy difícil olvidar, pero en algún momento Seregni va a ser rehabilitado, se va a reconocer que lo que le hicieron fue un error, y una Justicia independiente reconocerá ese error. Pero va a ser extremadamente difícil olvidar estos años; hemos sufrido muchísimo...

—De acuerdo con lo que usted puede percibir ahora, ¿Seregni ha cambiado con respecto a cómo era hace diez años?

—No, es igual. Tiene una gran generosidad y una gran facilidad para ver del otro lado, es decir, para ponerse del lado de la gente que no es amiga nuestra, tratando de comprender las razones, cosa que en mí, es muy difícil.

—Ahora que Seregni está libre, ¿cómo ve, como esposa, que retorne a la actividad política? ¿Lo acepta, o preferiría que se dedicara más a su vida familiar?

—Pero... ¡es la vida de Seregni! A Seregni siempre le interesó la política, cosa que era bastante extraña entre los militares. Y Seregni ya eligió un camino del cual, estoy segura, de ninguna manera se va a apartar. El va a seguir actuando en política; no importa en qué lugar. Puede ser en la dirigencia o puede ser a nivel de base, pero Seregni está totalmente convencido de que el pueblo tiene razón en todas sus aspiraciones que nunca han sido colmadas en los últimos 50 años.

—¿Qué opina usted de la suerte que corren los demás presos, que no tienen la fortuna de ser tan publicitados como su esposo?

—Es que yo no creo que la publicidad sea por Seregni. Seregni es un símbolo del resto de los presos políticos, de la gente que simplemente por tener un pensamiento que no condice o no es entendido por el gobierno, está preso. Yo, como mujer, soy como las otras mujeres y digo lo que ellas no pueden decir; y lo que digo, lo digo por todos. Seregni también sabe que él es un símbolo de todos los que no pueden hablar, pero que luchan por las mismas cosas.

—Seregni era batllista, ¿no es así?

—Efectivamente, Seregni es de origen batllista. Pero en este momento es frenteamplista.